

bos es el medio por el que ofrece edificación espiritual a los oyentes. Temas teológicos centrales son, por ejemplo, la batalla entre la virtud y el vicio por la posesión del alma humana (en el que detecta tres componentes: la ilimitada misericordia y perdón de Dios; Dios como facilitador de la victoria del alma; la Escritura como necesaria guía para la batalla espiritual), y el papel de la Iglesia en el plan divino de salvación.

Por último, la autora describe la edición latina usada y los métodos empleados para la traducción al inglés. La edición de referencia es la de W. A. Baehrens, de 1926, retomada por la correspondiente edición en «Sources chrétiennes» (n. 389) a cargo de Pierre Messié, Louis Neyrand y Marcel Borret.

Juan Luis CABALLERO

AMBROSIO DE MILÁN, *Los deberes*, Introducción, traducción y notas de Domingo Ramos-Lissón (†), Madrid: Ciudad Nueva, 2015, 311 pp., 13,5 x 20,5, ISBN 978-84-9715-331-7.

Los deberes (De officiis) es tanto un tratado de moral eclesialística e individual como un código de moral social, escrito, en opinión de Ramos-Lissón, entre los años 388 y 389, en momentos de una crisis religiosa, económica y política, agravada por las guerras y las invasiones bárbaras. Este libro es una muestra de la intervención de la Iglesia con su magisterio y acción pastoral en tiempos muy delicados.

El título *De officiis* ya aparece en obras anteriores (Cicerón, Séneca y Suetonio). La obra de San Ambrosio está inspirada en el *De officiis* de Cicerón, del año 44 a.C., obra que tiene como modelo a Panecio, el filósofo griego, amigo de Escipión y de Lelio, que introdujo el estoicismo en Roma. Cicerón tomó de Panecio lo que le pareció conveniente, aclimatando la tradición griega al ambiente cultural romano. Cicerón dedica su libro a su hijo Marco, y Ambrosio dedica el suyo a sus hijos espirituales, los clérigos de Milán (aunque la obra no se refiere exclusivamente a los eclesialísticos); Cicerón tiene como modelo a Panecio, y Ambrosio se apoya en la Escritura; Cicerón escribe para el hábitat romano, y Ambrosio lo hace para el cristiano

y para destinatarios cristianos. Esto no quiere decir que en el escrito de Ambrosio no haya puntos de concordancia con el pensamiento estoico, cosa, por otro lado, no extraña en otros escritores cristianos de los primeros siglos: escasa valoración de la riqueza, la imagen de la sociedad humana como un cuerpo, la autoridad de la razón sobre las pasiones, la virtud considerada como sumo bien, la virtud entendida como vida en conformidad con la naturaleza. Además, Ambrosio tiene influjos de índole platónica, procedentes de autores alejandrinos en su formación intelectual.

Aspecto peculiar de la obra de Ambrosio respecto a la de Cicerón es la presentación de ejemplos de conducta imitable. No se trata del «sabio idealizado» de la ética estoica, sino de figuras que tienen una realidad histórica bien precisa, tomadas de la Sagrada Escritura.

Ambrosio acepta el esquema general de Cicerón y divide su obra en tres libros. El primero de ellos trata de lo «honestum» (pp. 23-144). Tras una introducción sobre el silencio, habla de la diferencia entre los mandamientos y los consejos evangélicos (los estoicos diferencian entre *officia media*

y *perfecta*) y, después, del «decorum» y, en concreto, de las cuatro virtudes cardinales: prudencia, justicia, fortaleza y templanza. El libro II, que habla de lo «útil» (pp. 145-214), comienza con una digresión sobre lo «honestum» y la «vita beata». Después, habla de lo «útil», identificándolo como lo «honestum». Y, después, de los medios con los que el sacerdote puede conseguir de los fieles la «dilectio», la «fides» y la «admiratio». El libro III, en el que se confrontan lo «honestum» y lo «útil» (pp. 215-277), comienza afirmando que para un cristiano sólo es útil aquello que es honesto. Después, se invita a los sacerdotes a sacrificarse por los demás y a huir de cualquier tipo de fraude y de toda ganancia torpe, imitando en ello a Jesucristo. La obra concluye con un elogio a la amistad.

A lo largo de su obra, Ambrosio usa a veces las mismas palabras que Cicerón, pero con diferente significado. Esto ocurre, por ejemplo, con «fides»: en Cicerón, hace referencia a la fidelidad a la palabra dada como fundamentos de la virtud humana de

la justicia; Ambrosio le da el sentido cristiano de la virtud teológica de la fe y considera la justicia, en sentido bíblico, equivalente a «santidad». Ambrosio tiene, además, talante innovador, como se ve cuando cambia el nombre de «virtudes principales» por «virtudes cardinales». En la ceremonia romana de la fundación de una ciudad se trazaban los «cardines», y principalmente el «cardo maximus», que proporcionaba la orientación de la nueva ciudad. Así, las virtudes cardinales son las virtudes con las que debemos orientar la vida.

La obra de Ambrosio aglutina una gran variedad de materiales aportados y ensamblados (no siempre bien), pertenecientes a diferentes géneros, pero no sólo de índole oratoria. Está escrita con sencillez, y dirigida a las personas cultas del siglo IV, usando neologismos cristianos junto a vocablos de origen clásico. La traducción de Ramos-Lissón se ha hecho a partir de la edición crítica de M. Testard, pero también ha tenido en cuenta la edición de G. Banterle.

Juan Luis CABALLERO

Mariano FAZIO, *Los fines de la conquista: El oro, el honor y la fe*, Piura:

Facultad de Humanidades – Universidad de Piura, 2015, 177 pp., 16 x 23, ISBN 978-992-48-171-0.

El autor (n. 1960), historiador y filósofo, es miembro de la Junta de Historia Eclesiástica de Argentina y de la Academia Nacional de la Historia de Ecuador, así como profesor en distintas universidades. Ha abordado estos temas en *América ingenua. Breve historia del descubrimiento, conquista y evangelización de América* (Rialp, 2009) y estas páginas corresponden a una reelaboración –ahora temática– de un libro salido en 1992, con motivo del quinto centenario del descubrimiento y la evangelización de las tierras americanas.

Los tres fines de toda esta empresa aparecen claros desde el subtítulo y podríamos resumirlo en las palabras de López de Gómara, tras el descubrimiento del océano Pacífico en 1513: «Damos gracias a Dios, que tanto bien y honra nos ha guardado y dado. Pidámosle por merced nos ayude y quiera conquistar esta tierra y nueva mar que descubrimos y que nunca jamás cristiano la vido, para predicar en ella el Santo Evangelio y bautismo, y vosotros sed lo que soléis y seguidme; que con favor de Cristo seréis los